



MISCEL·LÀNIA

La Transición del feudalismo al capitalismo: ¿Una transición urbana o básicamente rural?

Ramón del Río (Universitat Autònoma de Barcelona)

Resum /Resumen/ Abstract

L'article analitza les diferents visions historiogràfiques sobre la transició del feudalisme al capitalisme i els debats de la segona meitat del XX. El treball constata que en els primers plantejaments teòrics (Smith i Marx) i en les anàlisis, sense recerca d'arxiu, de les historiografies liberal i marxista el desenvolupament i creixement de l'economia urbana (comerç i manufactures) va ser clau en la transició. Però demostra també que a partir de les investigacions sobre el món rural dels historiadors marxistes renovadors Lefebvre i Hilton la visió comença a canviar, i avui la tesi majoritària és que les claus fonamentals van ser el desenvolupament econòmic agrari, l'enriquiment d'una part dels pagesos i les lluites de classes antisenyorial dins del món rural.

El artículo analiza las diferentes visiones historiográficas sobre la transición del feudalismo al capitalismo y los debates de la segunda mitad del XX. El trabajo constata que en los primeros planteamientos teóricos (Smith y Marx) y en los análisis, sin investigación de archivo, de las historiografías liberal y marxista el desarrollo y crecimiento de la economía urbana (comercio y manufacturas) fue clave en la transición. Pero demuestra también que a partir de las investigaciones sobre el mundo rural de los historiadores marxistas renovadores Lefebvre y Hilton la visión comienza a cambiar, y hoy la tesis mayoritaria es que las claves fundamentales fueron el desarrollo económico agrario, el enriquecimiento de una parte los campesinos y las luchas de clases antiseñoriales dentro del mundo rural.

The article analyzes the different visions of the historiographies on the transition from the Feudalism to the Capitalism and the debates of the second half of the XXth. The work shows that in the first theoretical thesis (Smith and Marx) and in the historical analyses, without research of archives, of the Liberal and Marxist historiographies the development and growth of the urban economy (trade and manufactures) was the key in the transition. But it proves too that from the research about the rural world of the innovator Marxist historians Lefebvre and Hilton the vision changes, and today the majority thesis is that the fundamental keys were the economic agrarian development, the enrichment of a part of the peasants and the anti-lordly class struggles inside the rural world.

Paraules clau /Palabras clave /Key Words

Debats historiogràfics, Transició, Feudalisme, Capitalisme, Economia urbana, Desenvolupament econòmic agrari, Lluites de classes antisenyorial

Debates historiográficos, Transición, Feudalismo, Capitalismo, Economía urbana, Desarrollo económico agrario, Luchas de clases antiseñoriales

Historiographic debates, Transition, Feudalism, Capitalism, Urban economy, Economic agrarian development, Anti-lordly class struggles



179

Los debates Dobb-Sweezy y Brenner sobre la transición del feudalismo al capitalismo realizados entre los años 1950-1980 —centrados más en la Europa occidental que en la oriental— y los estudios empíricos hechos por historiadores sobre el feudalismo y los procesos revolucionarios liberales —en el caso francés ya desde el primer tercio del XX— desmontaron la visión teórica *urbana* de la transición del feudalismo al capitalismo —es decir, la suposición de que la transición se habría debido a la expansión del comercio y la industria, sectores ajenos al entramado señorial-feudal—, visión heredada de Adam Smith y Marx. Las investigaciones fueron reflejando que, bajo el marco jurídico-político-social feudal, se dio en algunas zonas de Europa un crecimiento económico agrario que conllevó el desarrollo progresivo de una agricultura comercializada, lo que generó la formación de clases sociales diferenciadas dentro del sector denominado *campesino*. El lento y largo proceso habría comenzado ya en el inicio de la edad media feudal —aunque con intervalos de largas décadas de retroceso— y culminó en el XVIII, el siglo fundamental en la transición del feudalismo al capitalismo de la Europa continental y, especialmente, occidental. Lógicamente, este proceso fue desvirtuando el régimen feudal original y anunciando el sistema capitalista —fin de la servidumbre en la Europa occidental, expansión del trabajo a jornal o, ya en el XVIII, existencia de vasallos que podían ser más ricos que sus propios señores—, pero —frente a las visiones seculares *braudelianas* planteadas en la segunda mitad del XX— el estudio empírico actual —*a ras de suelo*— refleja la persistencia de un marco jurídico-político-social señorial-feudal que ahogaba ese anuncio. Finalmente, algunos de estos estudios empíricos demostraron también cómo a partir del XVIII los diversos sectores de campesinos enriquecidos —que algunos denominan *burguesía rural*— tuvieron un papel fundamental en la *lucha de clases* que llevaría a la revolución liberal francesa. En definitiva, la transición habría sido impulsada por el desarrollo económico agrario y el enriquecimiento de una parte de los vasallos, que habrían ido erosionando progresivamente el régimen señorial-feudal. En otras palabras, una visión básicamente *rural* de la transición.

180

Claro, esta renovación en la historia de la transición no impidió que *teóricos del marxismo* —sociólogos y economistas, entre otros— y algunos historiadores —generalmente no investigadores del feudalismo o las revoluciones liberales—, incombustibles a la crisis de la historiografía marxista de finales de 1970, siguieran manteniendo las viejas visiones teóricas *urbanas* ignorando las aportaciones y renovación que significaron esos debates, por mucho que no parasen de citarlos como *grandes entendidos en la materia*. Lo peor es, sin embargo, que algunos manuales de historia contemporánea de nivel universitario o de bachiller —no hechos habitualmente por investigadores del feudalismo o las revoluciones liberales— continúen afirmando cosas acerca del desarrollo agrario bajo el feudalismo en la Europa occidental o de los sectores campesinos del periodo inmediatamente anterior a la revolución francesa que no suscribirían la mayoría de los especialistas, ni corresponden a la renovación heredada de la investigación histórica y de esos debates.

Por ejemplo, Asa Briggs y Patricia Clavin, en su manual de *Historia contemporánea de Europa* de 1997, dedican diez páginas a los *antecedentes* de la revolución francesa —la mitad para *analizar* a qué cosas se había denominado *revolución* (incluyendo el «recorrido orbital de las estrellas»)—, en las que nos hablan de que la nobleza incrementó el consumo de objetos de «lujo» y de «pura ostentación» —siguiendo literalmente a Smith—, de las «revoluciones comerciales» y de que «en Francia, a diferencia de Gran Bretaña, no se produjo una “revolución agrícola”». Y, en la

obra de la etapa moderna de 1987 de la misma colección, Helli Koenigsberger divide la sociedad en nobles y «una gran masa de campesinos productores de alimentos», señala que «el motor decisivo para el crecimiento fue, como ya observó Adam Smith en el siglo XVIII, una mayor división del trabajo» y, en relación al crecimiento de los precios agrarios a mediados del XVIII, asegura que «sólo se beneficiaron de esa situación para vender el excedente en el mercado las explotaciones relativamente grandes o que no estuvieran excesivamente gravadas con rentas, impuestos y pagos feudales»¹. O sea, entre otras cosas, ni idea de las exportaciones a mercados coloniales de vinos y aguardientes de incluso pequeños propietarios y arrendatarios por ejemplo en Cataluña². Igualmente, en el manual de bachillerato de 1999 *Història del món contemporani* de la editorial Teide se señala que en el siglo XVIII predominaba «una agricultura de subsistència», incapaz de producir «excedents» para el mercado³.

Lo que pretendo en este artículo es partir de las viejas visiones *urbanas* de Smith y Marx y hacer un breve resumen de las aportaciones y renovación que significaron las investigaciones y debates del siglo XX, esperando que pueda tener alguna utilidad para estudiantes o historiadores especialistas en otros periodos históricos, contrarrestando la falta de puesta al día de algunos manuales.

La transición en Smith y Marx

La visión liberal de la historia de Smith significó, sin duda, un gran avance para el conocimiento histórico, al desmontar la visión cristiana de que todo era obra del *designio divino* y defender que la historia era un proceso evolutivo a través de cuatro etapas, debido exclusivamente a causas humanas. En relación al paso de la etapa feudal (Agricultura) a la capitalista (Comercio) señalaba que el *orden natural* del crecimiento económico era el desarrollo paralelo y equilibrado de campo-ciudad —la agricultura iba creciendo estimulada por las compras de alimentos de la ciudad vecina, mientras que las manufacturas lo hacían por la demanda rural—: «Según el curso natural de las cosas, la mayor parte del capital en toda sociedad que crece se dirige primero a la agricultura, después a la industria y por último al comercio exterior. Este orden es algo tan natural que se ha cumplido en cierto grado en todas las sociedades que han poseído algún territorio. Se debió cultivar una parte de sus tierras antes de que se pudieran establecer ciudades de alguna importancia, y se debió poner en marcha alguna clase de industria manufacturera rudimentaria antes de que pudieran empezar a pensar en dedicarse al comercio exterior». Sin embargo, este orden natural «ha sido en muchos aspectos radicalmente invertido en los modernos Estados de Europa. El comercio exterior de algunas de sus ciudades ha introducido todas sus manufacturas más refinadas, o que podían ser vendidas en lugares lejanos». Este desarrollo más acelerado del comercio —buscando mercados alejados— tenía el problema de dejar atrás una agricultura menos desarrollada, pero la ventaja de adelantar el paso de la etapa feudal a la capitalista:

¹ Lógicamente, también mencionan la Ilustración: A. Briggs y P. Clavin, *Historia contemporánea de Europa, 1789-1989*, Crítica, Barcelona, 1997 (1ª inglesa también de 1997), pp. 11-21, citas de pp. 12 y 15-16; y H.G. Koenigsberger, *El mundo moderno, 1500-1789*, Crítica, Barcelona, 1991 (1ª 1987), citas de pp. XII y 253.

² Ver por ejemplo J. Torras, «Aguardiente y crisis rural. Sobre la coyuntura vitícola, 1793-1832» (1976), en A. García Sanz y R. Garrabou (eds.), *Historia agraria de la España contemporánea I. Cambio social y nuevas formas de propiedad (1800-1850)*, Crítica, Barcelona, 1985, pp. 151-173; y A. Segarra, *Aiguardent i mercat a la Catalunya del segle XVIII*, Eumo, Barcelona, 1994.

³ A. Alcoberro (coord.), *Història del món contemporani*, Teide, Barcelona, 1999, p. 13.



Lo que la violencia de las instituciones feudales jamás habría podido lograr lo consiguió gradualmente la acción silenciosa e imperceptible del comercio exterior y las manufacturas. Ellos proveyeron paulatinamente a los grandes propietarios con algo por lo que podían intercambiar todo el producto excedente de sus tierras, y que podían consumir ellos mismos sin compartirlo con arrendatarios ni sirvientes. La máxima vil de los poderosos parece haber sido siempre: todo para nosotros, nada para los demás. Así, tan pronto como descubrieron un método para consumir el valor total de sus rentas ellos mismos, no se mostraron dispuestos a compartirlo con otras personas. Por un par de hebillas de diamantes, o por otra cosa tan frívola e inútil, eran capaces de intercambiar la manutención, o lo que es lo mismo: el precio de la manutención de mil hombres durante un año, y con ello todo el poder y autoridad que así podrían haber conseguido (...). Al incrementarse paulatinamente de esta manera los gastos personales de los grandes propietarios, era inevitable que el número de sus sirvientes disminuyera hasta que finalmente desaparecieron por completo⁴.

Por tanto, la visión de Smith del paso del feudalismo al capitalismo no sólo era *economicista* —la nobleza habría renunciado *alegremente* a todo su poder señorial-feudal por satisfacer sus deseos consumistas—, sino que suponía el estancamiento del desarrollo económico agrario frente al avance más rápido en la economía urbana, que es la que impulsó *mecánicamente* el cambio. La historiografía liberal revolucionaria francesa fue consciente desde luego de que a la nobleza hubo que *atizarle* para que renunciara al feudalismo y, por ello, introdujo el concepto de *lucha de clases* a la hora de explicar el paso del feudalismo al capitalismo corrigiendo la visión *economicista* de Smith, pero mantuvo en general la visión urbana del cambio. Así, el liberal moderado Barnave, antes de ser ejecutado por los jacobinos, señaló por escrito que «una nueva distribución de la riqueza prepara una nueva distribución del poder. Al igual que la posesión de las tierras ha elevado a la aristocracia, la propiedad industrial eleva el poder del pueblo; adquiere su libertad, se multiplica y comienza a influir en los negocios públicos»⁵. E incluso podríamos decir que dieron una visión prácticamente *parisina*, si tenemos en cuenta los *relatos históricos* ideologizados y partidistas —en favor del 91 o del 93— que hicieron liberales moderados como Thiers o republicanos como Blanc o Michelet en el XIX. La notable excepción fue Tocqueville:

182

Una cosa sorprende a primera vista: la Revolución, cuyo objeto propio consistía en abolir en todas partes los remanentes de las instituciones medievales, no estalló en los países en donde éstas, mejor conservadas, hacían sentir al pueblo con más fuerza y molestia su rigor, sino por el contrario en aquellos en que eran menos rigurosas; de tal suerte que su yugo parecía más insoportable donde en realidad era menos pesado (...). ¿Por qué, entonces, los mismos derechos feudales despertaron en el corazón del pueblo francés un odio tan grande que sobrevivió a su propio objeto y por ello se antoja inextinguible? (...) La causa de este fenómeno es que el campesino francés se había constituido en propietario territorial (...). No siempre sobreviene una revolución cuando se va de mal en peor. La mayoría de las veces ocurre que un pueblo que había soportado sin quejarse, y como si no las sintiera, las leyes más abrumadoras, las repudia con violencia cuando se aligera su carga (...). El feudalismo en su pleno apogeo no

⁴ A. Smith, *La riqueza de las naciones*, Alianza Editorial, Madrid, 2003 (1ª 1776), pp. 488-489 y 525-527.

⁵ Cita en J. Fontana, *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Crítica, Barcelona, 1982, p. 107.

había inspirado a los franceses tanto odio como en el momento en que iba a desaparecer. Las más leves arbitrariedades de Luis XVI parecían más difíciles de soportar que todo el despotismo de Luis XIV⁶.

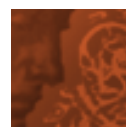
Es decir, diferenciación social entre campesinos —hablaba de campesinos propietarios—, unos campesinos que impulsaron la lucha y resistencia en contra del feudalismo porque eran *más ricos y más libres* —y por ello *más sensibles* a la explotación— que los de gran parte de la Europa central y oriental.

Por lo que respecta a Marx —formalmente, Marx y Engels—, en *La ideología alemana* —escrita en 1845-1846, aunque publicada en 1932—, no sólo mantenía idénticas las cuatro etapas de Smith —sin quitar la prehistoria y añadir la socialista, a diferencia del *Manifiesto Comunista*—, sino que también centraba la transición del feudalismo al capitalismo en el mundo urbano, analizando el cambio social y económico que supuso el paso del sistema gremial al industrial⁷. Su aportación más notable en relación a la transición está sin duda en el *Manifiesto Comunista*, al desarrollar ampliamente en cuatro pasos el concepto de *lucha de clases* heredado de la historiografía liberal revolucionaria: *desarrollo de las fuerzas productivas* —crecimiento del comercio y las manufacturas y enriquecimiento de la burguesía urbana—, *contradicción* entre ese desarrollo de las fuerzas productivas y *las relaciones sociales de producción* feudales, *lucha de clases* y *revolución*. Con todo —en parte ya lo hemos visto—, en el tema que nos ocupa Marx tenía de nuevo una visión urbana de la transición: señalaba que el modo de producción feudal imposibilitaba un desarrollo económico agrario importante, consideraba este sistema casi inmutable —lo denominaba indistintamente feudal o *de la servidumbre*— y hablaba de un colectivo nebuloso de *campesinos*, sin diferenciar clases sociales dentro de ellos y sin atribuirles ninguna actividad revolucionaria, ya que la *conciencia de clase* sólo la tendrían cuando se convirtieran en proletarios industriales al marchar a la ciudad:

El régimen feudal o gremial de producción que seguía imperando no bastaba ya para cubrir las necesidades que abrían los nuevos mercados. Vino a ocupar su puesto la manufactura. Los maestros de los gremios viéronse desplazados por la clase media industrial, y la división del trabajo entre las diversas corporaciones fue suplantada por la división del trabajo dentro de cada taller. Pero los mercados seguían dilatándose, las necesidades seguían creciendo. Ya no bastaba tampoco la manufactura. El invento del vapor y la maquinaria vinieron a revolucionar el régimen industrial de producción (...). La burguesía ha desempeñado, en el transcurso de la historia, un papel verdaderamente revolucionario. Dondequiera que se instauró echó por tierra todas las instituciones feudales, patriarcales e idílicas. Desgarró implacablemente los abigarrados lazos feudales que unían al hombre con sus superiores naturales y no dejó en pie más vínculo que el del interés escueto, el del dinero contante y sonante, que no tiene entrañas (...). La burguesía, al explotar el mercado mundial, da a la producción y al consumo de todos los países un sello cosmopolita (...) [y] lleva la civilización hasta a las naciones más salvajes (...). La burguesía somete el campo al imperio de la ciudad. Crea ciudades enormes,

⁶ A. de Tocqueville, *El Antiguo Régimen y la Revolución*, Fondo de Cultura Económica, México, 1996 (1ª 1856), pp. 109, 116 y 256-257.

⁷ C. Marx y F. Engels, *La ideología alemana. Crítica de la novísima filosofía alemana en las personas de sus representantes Feuerbach, B. Bauer y Stirner y del socialismo alemán en las de sus diferentes profetas*, Grijalbo, Barcelona, 1972 (1ª 1932).



*intensifica la población urbana en una fuerte proporción respecto a la campesina y arranca a una parte considerable de la gente del campo al cretinismo de la vida rural. Y del mismo modo que somete el campo a la ciudad, somete los pueblos bárbaros y semibárbaros a las naciones civilizadas, los pueblos campesinos a los pueblos burgueses, el Oriente al Occidente*⁸.

La renovación del XX y los debates de la segunda mitad

Con el siglo XX llegó al análisis económico-social y jurídico más a fondo y serio del feudalismo de la Edad Media de la mano de los historiadores liberales Pirenne y Bloch⁹. Incluso Bloch señaló —como recordaría en 1973 el historiador medievalista británico Rodney Hilton— que «los levantamientos campesinos fueron (...) tan “connaturales al régimen señorial como las huelgas lo son al capitalismo en gran escala”. La observación de Bloch se encuentra al final de un párrafo en que se subraya la “larga y trágica cadena” de levantamientos campesinos que va desde el siglo IX al verano de 1789»¹⁰.

Pero el análisis más específico de la transición lo hicieron los historiadores marxistas franceses, especialistas en la revolución francesa, Ernest Labrousse y Georges Lefebvre. En su tesis doctoral de 1933, basada en datos cuantitativos, Labrousse demostraba sobradamente el espectacular crecimiento económico agrario en la Francia del XVIII y la expansión de una agricultura comercializada, reflejaba la existencia de diferentes clases sociales dentro del colectivo *campesino* —jornaleros, propietarios y arrendatarios grandes, medios y pequeños— y señalaba —frente a lo que hemos visto diría en 1987 Koenigsberger— que la coyuntura alcista de 1730-1740 a 1780 había sido beneficiosa para todos, incluidos los jornaleros, ya que tenían abundante trabajo. Eso sí, analizaba también que el ciclo expansivo de larga duración escondía otros ciclos cortos de años de malas cosechas de cereales por sequías o lluvias torrenciales, que eran negativos para jornaleros —poco trabajo y precio caro del pan— y pequeños propietarios y arrendatarios —podían perder la propiedad o el arrendamiento—, aunque igualmente beneficiosos para grandes y medios propietarios y arrendatarios —en su caso, la menor cosecha se compensaba por el precio más caro del cereal—. Ahora bien, en la década de 1780 el ciclo de larga duración cambió de signo, comenzando una crisis de sobreproducción en el sector vitícola —reflejo nuevamente de ese espectacular desarrollo de una agricultura comercializada—, que hizo caer los precios del vino y terminó arrastrando a otros sectores económicos. Y la pérdida de beneficios llevó a propietarios y arrendatarios rurales a dejar de pagar diezmos y derechos señoriales y a participar de forma activa en la revolución francesa. Por su parte, Lefebvre, en su tesis doctoral de 1924 sobre *Los campesinos del norte durante la Revolución* —presentada a los 50 años después de recorrer, como profesor de instituto, los pueblos de media Francia vaciando archivos—, analizó los distintos conflictos que enfrentaban entre sí a sectores campesinos —pequeños arrendatarios frente a grandes, jornaleros frente a propietarios y arrendatarios, etc.—, mientras que en su obra cumbre sobre *El Gran Miedo* estudió cómo una parte de los campesinos *ricos* —pequeños y medianos

⁸ K. Marx y F. Engels, *El Manifiesto Comunista*, Ayuso, Madrid, 1975 (1ª 1848), pp. 73-77.

⁹ Ver por ejemplo H. Pirenne, *Historia económica y social de la edad media*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1975 (1ª 1933); M. Bloch, *La historia rural francesa: caracteres originales*, Crítica, Barcelona, 1978 (1ª 1931; ampliada 1952); e *Id.*, *La sociedad feudal. La formación de los vínculos de dependencia*, Unión Tipográfica Editorial Hispano-Americana, México, 1979 (1ª 1939-1940).

¹⁰ R. Hilton, *Siervos liberados. Los movimientos campesinos medievales y el levantamiento inglés de 1381*, Siglo XXI, Madrid, 1978 (1ª 1973), pp. 10-11.

propietarios y arrendatarios—, temiendo que la nobleza tratara de sofocar la revolución, en la segunda mitad de julio de 1789 asaltó castillos señoriales y destruyó la documentación feudal de los archivos de los señores, forzando a la Asamblea nacional a abolir el feudalismo el 4 de agosto¹¹.

Sin embargo, a pesar de la indudable renovación que significaban estos estudios empíricos en relación a la visión urbana de la transición heredada de Smith y Marx, el rechazo teórico de esta visión urbana no se dio hasta el debate Dobb-Sweezy de la primera mitad de la década de 1950¹², debate cuyos artículos serían editados en forma de libro posteriormente¹³. Todo empezó cuando el marxista británico Maurice Dobb, profesor de economía de Cambridge y estudioso del siglo XX, publicó en 1946 *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*. Partiendo de las primeras investigaciones de Hilton, Dobb señalaba que en la edad media feudal británica se había producido el desarrollo de una agricultura destinada al mercado que estimuló la diferenciación social entre campesinos ricos y pobres, y que los ricos habían encabezado las revueltas contra los señores, revueltas que culminarían con la abolición de la servidumbre:

Esta mejora en la situación de los productores y la ampliación de la producción simple de mercancías [es] lo que iba a acelerar, en estos siglos, ese proceso de diferenciación social dentro del modo de producción a base de pequeñas explotaciones, que iba a preparar el terreno del cual habían de surgir más tarde las relaciones de producción burguesas (...). Fueron precisamente estos campesinos fuertes (que serían probablemente productores de mercancías para el mercado y tendrían ambiciones de expansión) los que dirigieron las revueltas contra la opresión feudal (...). En la medida en la cual la desintegración del antiguo orden continuó, y el modo de producción en pequeña escala se vio libre de las servidumbres feudales, (...) el proceso de diferenciación dentro de dicho modo de producción se aceleró; y fue (...) este proceso de diferenciación social (con su doble tendencia a formar una clase kulak de campesinos ricos por un lado, y una clase de “braceros” pobres o sin tierra por otra) el que dio lugar al nacimiento de las relaciones burguesas de producción. Pero tanto el proceso de desintegración como el de diferenciación necesitaron tiempo: y por esta razón el nuevo modo de producción no nació totalmente desarrollado del anterior, sino que sólo pudo desarrollarse cuando la decadencia del antiguo había alcanzado una etapa bastante avanzada¹⁴.

Es obvio que Dobb no tenía ni idea del feudalismo y de la transición y ni siquiera era historiador, por lo que no estaba acostumbrado a moverse en las complejas realidades

¹¹ E. Labrousse, *Fluctuaciones económicas e historia social*, Tecnos, Madrid, 1980 (1ª 1962); y G. Lefebvre, *El Gran Pánico de 1789. La Revolución Francesa y los campesinos*, Paidós, Barcelona, 1986 (1ª 1932). La información sobre la tesis doctoral de Lefebvre en G. Rudé, *La Revolución Francesa*, Vergara, Buenos Aires, 1989 (1ª 1988), pp.39-40. Un análisis más detallado de los dos autores en R. del Río, «Historias de la Revolución Francesa: avances científicos y visiones ideológicas en los siglos XIX y XX», *Revista HMiC d'Història Moderna y contemporània*, nº 7, 2009, pp. 95-114.

¹² Datos formales sobre el debate, aunque más en la línea de teórico del marxismo que de historiador especialista, en H. J. Kaye, *Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio*, Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 1989 (1ª 1984), pp. 41-58.

¹³ P. Sweezy y otros, *La transición del feudalismo al capitalismo*, Prisma-Ayuso, México, 1980 (1ª 1967); y, la que utilizaremos, R. Hilton (ed.), *La transición del feudalismo al capitalismo*, Crítica, Barcelona, 1980 (1ª 1976).

¹⁴ M. Dobb, *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, Siglo XXI, Madrid, 1976 (1ª 1946), pp. 473-475. Cursiva en el original.



políticas, económicas, sociales y jurídicas del pasado feudal, lo que se reflejaba en algunas imprecisiones e incluso contradicciones al trasladar a su obra la lectura del historiador medievalista Hilton. Con todo, una cosa quedaba clara: Dobb mantenía el esbozo de Marx, sólo que ubicándolo en el mundo rural: desarrollo de las fuerzas productivas y enriquecimiento burgués *pero en el mundo rural* —desarrollo de una agricultura comercializada y enriquecimiento de un sector de los campesinos—, contradicción entre ese desarrollo de las fuerzas productivas *en el mundo rural* y las relaciones sociales feudales y lucha de clases *entre campesinos ricos y sus señores*¹⁵. La respuesta en línea urbana y de pura ortodoxia marxista la dio en un artículo de 1950 el marxista Paul Sweezy, doctor en economía por Harvard:

La guerra feudal agita, empobrece y agota a la sociedad, pero no muestra tendencia alguna a transformarla. El crecimiento demográfico constituye un segundo elemento inestabilizador. La estructura del feudo es tal que impone límites al número de productores que puede emplear y al número de consumidores que puede mantener, mientras que el conservadurismo inherente al sistema refrena toda expansión global. Desde luego esto no significa que sea imposible el crecimiento, sino que éste tiende a situarse por debajo del crecimiento demográfico (...). Así pues, podemos concluir que, pese a su inestabilidad e inseguridad crónicas, el feudalismo europeo occidental era un sistema con una orientación muy marcada en favor del mantenimiento de determinados métodos y relaciones de producción (...). El comercio a larga distancia pudo actuar a modo de fuerza engendradora de un sistema de producción para el intercambio al lado del viejo sistema feudal de producción para el uso. Una vez yuxtapuestos, estos dos sistemas comenzaron a influirse uno a otro de forma natural (...). Al verse contrastada con un sistema de especialización y división del trabajo más racional, se ponía de manifiesto con toda claridad la ineficacia de la organización feudal de la producción (...). Comprar bienes manufacturados podía resultar mucho más barato que hacérselos uno mismo»¹⁶.

186

Teniendo en cuenta no sólo que ni Dobb ni Sweezy eran historiadores y menos especialistas en feudalismo, sino que además se podía participar en el debate con el bajo nivel de conocimiento histórico del tema demostrado por Sweezy, ya se puede uno suponer que, más que un debate histórico, el debate Dobb-Sweezy fue una especie de *concurso* para ver quién era más ortodoxo y sabía más citas de Marx. No es broma. De las 50 citas que ponía Sweezy en esta réplica, dejando 23 que son de Dobb o de él, 17 eran de Marx de *El Capital* o de cartas a Engels. Claro que de las 12 citas que ponía Dobb en la contrarréplica, 6 eran de él o Sweezy y 6 de Marx¹⁷. Y en el *concurso* participó Kohachiro Takahashi, que sí era historiador del feudalismo, aunque del japonés. Takahashi avisaba acertadamente que el debate se estaba centrando sólo en

¹⁵ Es algo sorprendente que, en sus por otra parte brillantes y meticulosos estudios sobre tendencias historiográficas, J. Fontana suponga sin embargo que Dobb se limitaba a dar más peso a la lucha de clases, que es lo que en realidad diría años más tarde Brenner: «Se pasaba, así, de una concepción fundada en el crecimiento de las fuerzas productivas a otra que ponía el acento en la lucha de clases y consideraba que el motor fundamental había sido la pugna de los campesinos contra la explotación feudal, que había acabado haciendo inviable el sistema»: *Historia*, p. 239; e *Id.*, *La història dels homes*, Crítica, Barcelona, 2000, pp. 238-239.

¹⁶ P. Sweezy, «Crítica» (1950), en R. Hilton (ed.), *La transición*, pp. 44-77, citas de pp. 47-48 y 57-58. Cursiva en el original.

¹⁷ P. Sweezy, «Crítica» (1950); y M. Dobb, «Respuesta» (1950), en R. Hilton (ed.), *La transición*, pp. 78-92.

países donde la transición se dio por vía revolucionaria —Europa occidental—, olvidando aquellos otros, como Prusia o Japón, en los que habría faltado el cuarto paso señalado por Marx —la revolución política—, de forma que la transición se hizo *desde arriba*. Sin embargo, luego daba una visión *pintoresca* de la revolución francesa: «La revolución fue una lucha enérgica para obtener el poder estatal entre un grupo de la clase media (los Independents en la revolución inglesa, los Montagnards en la francesa) y otro de la *haute bourgeoisie*, con orígenes en la aristocracia terrateniente feudal y en los monopolistas mercantiles y financieros (en la revolución inglesa, primero los monárquicos y después los presbiterianos; en la revolución francesa, los monárquicos, más tarde los *feuillants* y, finalmente, los girondinos). Tanto en una como en otra revolución, la primera de las clases citadas derrotó a la segunda»¹⁸. Es decir, hacía desaparecer la principal lucha entre burguesía y nobleza feudal, metía en el mismo saco a monárquicos ilustrados, liberales moderados fayettistas y liberales radicales girondinos y, *lo mejor*, suponía que la lucha la ganaron los jacobinos de la Montaña. O sea, que *las campanas que había oído* Takahashi de la revolución francesa no cubrían Termidor. Es comprensible la brusquedad con que el especialista en la transición francesa Lefebvre intervino en 1956, acabando de hecho con el debate. El historiador francés señalaba que era lícito que sociólogos y economistas teorizaran sin documentación histórica sobre la transición, pero sólo para hacer *hipótesis* —no tesis—, por lo que le parecía «fútil, e incluso peligroso, continuar el debate sobre términos abstractos (...). El historiador deberá formular un plan de investigación y formular un cuestionario que indique en qué fuentes debe iniciarse la primera fase de la búsqueda. Dobb y Sweezy nos han prestado el servicio de formular los problemas. ¡Ahora corresponde a los historiadores resolverlos!»¹⁹.

Ahora bien, el debate dio también la posibilidad a Hilton de dar a conocer sus primeras investigaciones: en la Baja Edad media de Inglaterra se produjo el desarrollo de una agricultura comercializada —antes incluso del auge del comercio de sedas y especias—, que enriqueció a un sector de los campesinos. Estos campesinos ricos comenzaron a comprar las tierras de los campesinos empobrecidos —que se convirtieron en jornaleros—, produciendo una fuerte erosión del viejo sistema feudal —en origen todos los campesinos siervos disponían de una parcela y trabajaban gratis las tierras del señor—, e impulsaron una lucha de clases contra los señores, lucha que culminaría con el fin de la servidumbre. Y el desarrollo económico agrario, la diferenciación social entre campesinos y la lucha de clases se incrementarían en la Edad moderna:

El progreso económico, inseparable de las primeras luchas por la renta y de la estabilización del feudalismo, vino caracterizado por un aumento del excedente social total de producción por encima de las necesidades de subsistencia. Ésta, y no el denominado resurgimiento del comercio en sedas y especias, fue la base para el desarrollo de la producción de mercancías (...). La expansión de los centros mercantiles y ciudades medievales a partir de los siglos X y XI se basó fundamentalmente en la expansión de la producción de mercancías. El espectacular desarrollo del comercio internacional (...), el crecimiento de grandes centros comerciales (...), son otros tantos hechos cronológicamente posteriores al desarrollo de las fuerzas productivas en la agricultura,

¹⁸ H. K. Takahashi, «Contribución al debate» (1952), en R. Hilton (ed.), *La transición*, pp. 93-136, cita de p. 133. Cursivas en el original.

¹⁹ G. Lefebvre, «Algunas consideraciones» (1956), en R. Hilton (ed.), *La transición*, pp. 172-179, cita de pp. 178-179.



estimuladas por el proceso de lucha alrededor de la renta feudal. La interacción entre estos diferentes factores —todos ellos internos a la Europa feudal— ocasionó profundos cambios en la situación. El desarrollo de la producción para el mercado agudizó y diversificó la estratificación por entonces vigente entre los productores agrícolas. Los campesinos ricos aumentaron sus riquezas, mientras que los pobres se hicieron más pobres todavía. Pero a partir del siglo XIII se convirtieron en un tipo distinto de ricos y en un tipo distinto de pobres. La familia acomodada de épocas precedentes era rica en bienes producidos para su propio consumo, pero con la evolución del mercado los campesinos ricos destinaban una parte cada vez mayor de su excedente a la venta. Sus parcelas aumentan constantemente de extensión, cada vez emplean a más trabajadores asalariados (...). Además cada vez plantean más objeciones a que se les prive de su renta excedente, y su antagonismo con los señores se ve reforzado por la desesperación de los demás sectores del campesinado (...). La lucha alrededor de la renta se agudiza de forma constante, y en el siglo XIV alcanza la fase extrema de revuelta general (...). Los productores más eficientes de cara al mercado, los menos entrampados con gastos administrativos generales, con normas tradicionales de gastos suntuarios, los que tienen menos parásitos improductivos a su alrededor, son, naturalmente, los campesinos ricos y los miembros de la pequeña nobleza que desdeñaron imitar el estilo de sus superiores. El éxito competitivo de estos elementos se basó en formas de explotación que anticipan la agricultura capitalista (...). Pese a las desesperadas tentativas (como las que llevaron a cabo los monarcas absolutos) de utilizar el control del estado para mantener el núcleo esencial del poder feudal, la base económica de quienes seguían ocupando los puestos de mando en el entramado social estaba minada²⁰.

Por tanto, en primer lugar, Hilton partía del esbozo de Marx, sólo que ubicándolo en el mundo rural: desarrollo de las fuerzas productivas y enriquecimiento burgués *pero en el mundo rural* —desarrollo de una agricultura comercializada y enriquecimiento de un sector de los campesinos—, contradicción entre ese desarrollo de las fuerzas productivas *en el mundo rural* y las relaciones sociales feudales y lucha de clases *entre campesinos ricos* —un clase social con *conciencia de clase*— y *sus señores*. Y, en segundo lugar, la *investigación* le hacía rechazar parte de los supuestos presentes en la *reflexión* de Marx sobre el feudalismo de mediados del XIX, que gran parte de los marxistas —lo hemos visto en Sweezy— seguía repitiendo a modo de *catecismo*. Así, Hilton defendía la posibilidad de desarrollo agrario bajo el modo de producción feudal, consideraba que el sistema feudal no era inmutable sino que se fue modificando —por ejemplo, frente a lo que creía Marx y repetían los marxistas de *catecismo*, la servidumbre se abolió en la Europa occidental al final de la Edad Media— y sostenía que ese desarrollo económico generó la diferenciación de clases sociales dentro de los campesinos y la lucha de clases de los campesinos ricos contra los señores, proceso que acabaría en la revolución liberal, como ya habían investigado Labrousse o Lefebvre para la revolución francesa. Y Hilton no estuvo solo del todo, porque en su participación en el debate el historiador marxista británico de la revolución inglesa Christopher Hill hizo hincapié justamente en el hecho de la abolición de la servidumbre ridiculizando las visiones ortodoxas —«si el feudalismo queda abolido junto a la servidumbre [y ahora sabemos que la servidumbre se abolió a finales de la Edad Media en la Europa

²⁰ R. Hilton, «Comentario» (1953), en *Id.* (ed.), *La transición*, pp. 153-165, citas de pp. 163-165. Cursiva en el original.

occidental]], entonces Francia no era un estado feudal en 1788 ni nunca se ha producido una revolución burguesa en el sentido de revolución que derrocara el estado feudal»—, mientras que en sus estudios de los años 60 señalaría la participación «de los labradores acomodados» en la revolución inglesa²¹.

Tras el debate Dobb-Sweezy de 1950-1956, el debate Brenner de 1974-1985 —más famoso en los años 80 y 90 que el Dobb-Sweezy, por mucho que fuera menos novedoso— reflejó el cambio de coyuntura historiográfica: frente a unos años 50 con cierto peso de historiadores marxistas en Europa, los años 70 comenzaban a anunciar la crisis de la historiografía marxista de finales de la década, como se reflejó en la pseudo-historia con que abordaron las mentalidades en Francia Le Roy Ladurie, Le Goff o Duby²² y, a partir de los 80, en el alejamiento de los parámetros científicos de la historia de gran parte de las llamadas *Últimas Tendencias*, aunque afortunadamente también en el surgimiento de una nueva historia social que sin *catecismos* analiza bastantes más temas que los aspectos económicos y sociales y las clases bajas y, además, desde una perspectiva global y comparada. Este cambio de coyuntura historiográfica se manifestó en tres características del debate Brenner distintas al Dobb-Sweezy: 1ª. Algunos historiadores no participaban de hecho en el debate teórico, sino que se limitaban a aprovecharlo, caso del checo Klíma, para dar a conocer sus investigaciones sobre el feudalismo²³. 2ª. Gran parte de los participantes asumía sin problemas la posibilidad de desarrollo agrario dentro del feudalismo y la existencia de clases campesinas ricas, caso del propio Brenner —«Las raíces agrarias del capitalismo europeo»— o Klíma —«Estructura de clases agraria y desarrollo económico en la Bohemia preindustrial»—²⁴. Y 3ª. En lugar de un debate (Dobb-Sweezy) exclusivamente entre marxistas de *catecismo* o renovadores, más variedad ideológica y de visiones de la historia, hasta el punto que participaba Le Roy Ladurie²⁵. Ahora bien, igual que en el debate Dobb-Sweezy la aportación teórica más renovadora correspondió a Hilton: advertía de lo poco que había escrito Marx sobre la *superestructura* —criticando las elucubraciones de filósofos estructuralistas auto-proclamados marxistas—, recordaba que el modo de producción feudal «se inicia» con «la relación entre campesinos y señores», pero que después «el proceso histórico genera otras clases y otras relaciones», y criticaba la tesis —en realidad, hipótesis— del norteamericano —historiador económico del comercio del XVII— Robert Brenner, que daba preponderancia a la simple lucha de clases en el desarrollo histórico, frente a la visión de Marx que iniciaba ese proceso con el desarrollo de las fuerzas productivas:

Brenner se inclina claramente por la primacía de la lucha de clases. Pero quienes le critican desde una óptica marxista creen que el mismo Marx, igual que buena parte

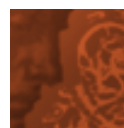
²¹ C. Hill, «Comentario» (1953), en R. Hilton (ed.), *La transición*, pp. 166-171, cita de p. 171; e *Id.*, *La revolución inglesa 1640*, Anagrama, Barcelona, 1977 (1ª 1968), p. 11.

²² No confundir con los estudios serios sobre las mentalidades de Michel Vovelle.

²³ A. Klíma, «Estructura de clases agraria y desarrollo económico en la Bohemia preindustrial», en T. H. Aston y C. H. E. Philpin (eds.), *El debate Brenner. Estructura de clases agraria y desarrollo económico en la Europa preindustrial*, Crítica, Barcelona, 1988 (1ª 1985), pp. 230-253. También R. Hilton lo subraya: «Introducción», en *Ibid.*, pp. 9-19, especialmente pp. 10-11.

²⁴ R. Brenner, «Las raíces agrarias del capitalismo europeo»; *Id.*, «Estructura de clases agrarias y desarrollo económico en la Europa preindustrial»; P. Croot y D. Parker, «Estructura de clases agraria y el desarrollo del capitalismo: comparación de Francia e Inglaterra»; o J. P. Cooper, «En busca del capitalismo agrario»: Ver todos ellos en T. H. Aston y C. H. E. Philpin (eds.), *El debate Brenner*.

²⁵ E. Le Roy Ladurie, «Una réplica al profesor Brenner», en T. H. Aston y C. H. E. Philpin (eds.), *El debate Brenner*, pp. 125-130.



de sus seguidores, considera más adecuado dar primacía al conflicto que se plantea entre el desarrollo de las fuerzas productivas —nuevas tecnologías, nuevas formas de organización laboral, consolidación económica de nuevos grupos sociales— y las relaciones de producción existentes, así como con la superestructura legal, política e ideológica. Frente a esta doble interpretación, ¿qué partido hay que tomar?, ¿a cuál de los elementos que constituyen el modo de producción hay que darle primacía como causa del cambio de una formación social a otra? Acentuar el desarrollo de la técnica tal vez sería lo más adecuado (...). Brenner (...) considera que la lucha de clases, en mayor medida que la evolución de las fuerzas productivas, es la causa determinante de los cambios en las diferentes formas de desarrollo histórico que se dieron en varios países europeos durante la Baja Edad Media y la Edad Moderna. Lo que genera, entre otras cosas, la conclusión de que un éxito en la lucha de los campesinos para proteger la integridad de la posesión de sus tenencias produjera una cierta regresión histórica, ya que una producción a pequeña escala, por su propia naturaleza, es incapaz de cualquier tipo de innovación en la técnica; la innovación únicamente se podrá llevar a cabo por parte de pequeños propietarios acomodados (yeomen) o de propietarios protocapitalistas, quienes sentarán las bases de una auténtica agricultura capitalista²⁶.

Es decir, Hilton, frente a la primacía de la lucha de clases planteada por Brenner, consideraba que en el paso del feudalismo al capitalismo había un proceso complejo que se iniciaba con el desarrollo de las fuerzas productivas, continuaba con la contradicción que se producía entre ese desarrollo y las relaciones sociales feudales y concluía con la lucha de clases y posteriormente, en el caso de la Europa occidental, con la revolución liberal, *tal y como había dicho Marx*, pero no *porque lo dijera Marx*, sino *porque la investigación así lo reflejaba*. En este sentido, ya lo hemos visto, ubicaba sin embargo el proceso básicamente en el mundo rural —*contradiendo lo que dijo Marx*—, justamente *porque la investigación así lo reflejaba*.

190

Y siguiendo la renovación en 1976 el historiador francés Guy Bois publicó *Crise du féodalisme. Economie rurale et démographie en Normandie Orientale du début du 14e siècle au milieu du 16e siècle*²⁷. Diez años después, en unas conferencias que dio en Barcelona —publicadas dos años más tarde—, recordaba las conclusiones de su investigación sobre Normandía en relación a que a la altura de 1460 se había superado la crisis del XIV:

Constatem que el teixit de les explotacions camperoles s'ha enfortit de nou, que les petites explotacions miserables que abans existien, en general, han desaparegut i que ara són conreades les millors terres del terror (...). Els nostres pagesos tornen a anar endavant: arranquen la brossa que havia crescut, poden pagar els censos que els corresponen sense massa dificultats, paguen també els impostos, tenen molts fills i la població augmenta (...). L'alça considerable de la productivitat del treball (...), gràcies a la concentració de l'explotació camperola sobre les millors terres, es tradueix en una alça de la producció per cap (...). A mesura que el pagès consolidava la seva possibilitat d'accés al mercat, enfront del senyor, anava modificant a favor seu la relació de les forces socials, la qual cosa li permetia

²⁶ R. Hilton, «Introducción», citas de pp. 15-17. Cursivas en el original.

²⁷ G. Bois, *Crise du féodalisme. Economie rurale et démographie en Normandie Orientale du début du 14e siècle au milieu du 16e siècle*, Editions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, París, 1976.

d'anar encara més lluny. Al capdavant el pagès, partint de la seva relació amb el mercat, aconseguirà d'acumular prou diners per a adquirir més coses. Heus aquí una altra espiral a l'alça, la de la inserció del pagès en la producció comercial que farà créixer ràpidament el volum de producció comercial (...). [Y], a força de tractar-se amb el mercat, adquirirà nous reflexos, reaccionarà davant els moviments dels preus, i això, a la llarga, erosionarà el reflex d'autosubsistència. Aquesta, però, és una altra història²⁸.

Por tanto, desarrollo económico agrario y agricultura comercializada bajo el feudalismo, diferenciación social dentro de los campesinos —obviamente unos son los que concentran las mejores tierras y otros los que pierden «les petites explotacions miserables»— y reforzamiento de su posición social frente al señor de los campesinos ricos. Un proceso no muy distinto del que había descrito Hilton para Inglaterra o, ya más desarrollado, Labrousse para el XVIII francés. Pero centrémonos en su aportación teórica. Bois criticaba a la historiografía que desde un *empirismo* vacío describía la sociedad feudal sin analizar el feudalismo —citaba la Escuela de Cambrige y Le Roy Ladurie— y criticaba igual «la posición marxista tradicional», combatida «abans que jo mateix» por otros historiadores, entre los que citaba a «Rodney Hilton a Anglaterra»:

Per a molts marxistes el concepte de feudalisme no és un objecte de recerca, és quelcom de què es parla sense tenir la necessitat de definir-lo, perquè és un postulat llegat per Marx i Engels, la crítica del qual seria sospitosa. Jo no puc pas estar d'acord amb ells perquè Marx només va fer un esbós del concepte de feudalisme, només va definir-ne l'especificitat, la qual cosa ja és força important però no ho és tot. L'especificitat de l'explotació feudal és la combinació d'un cert tipus de repartició de drets sobre la terra entre el senyor i el pagès de tinença amb l'exercici d'un poder de coerció del senyor sobre el pagès que li permet d'obtenir una sostracció en forma de treball, espècies o diners. Aquest punt de partida és essencial i jo no tan sols no el rebutjo, sinó que hi estic totalment d'acord: des d'aquest punt de vista les coses són molt clares. Ara bé, Marx no va anar més lluny en aquesta aproximació d'allò que jo anomenaria relacions de producció, i per això la seva aproximació és indirecta, parcial i està subordinada a la seva reflexió sobre la gènesi del capitalisme; no va produir mai, ni ho va voler fer, una teoria del sistema feudal anàloga a la que va formular per al capitalisme, ni tampoc no li va donar una dinàmica, una lògica del funcionament del sistema anàloga a la que va donar al capitalisme. Hem d'ésser conscients, doncs, dels límits d'aquesta aportació, la qual cosa no vol dir rebutjar el pensament de Marx ni la seva herència, sinó simplement prendre consciència dels seus límits²⁹.

Renovación sin renunciar a la *herencia* de Marx. En este sentido, Bois seguía defendiendo una visión «materialista» de la historia y, por ello, consideraba —como Hilton— que el paso previo de la transición del feudalismo al capitalismo había sido el

²⁸ G. Bois, *La crisi del feudalisme a Europa a la fi de l'Edat Mitjana*, L'Avenç-Societat Catalana d'Estudis Històrics, Barcelona, 1988, citas de pp. 58-59 y 70.

²⁹ G. Bois, *La crisi del feudalisme a Europa*, citas de pp. 10 y 13-14. Claro que también citaba como crítico de la visión marxista tradicional a Kula (ver más adelante).



desarrollo de las fuerzas productivas, y no sólo la lucha de clases que decía Brenner, por mucho que era «conscient que el 1986» esta defensa de una visión materialista de la historia «pot semblar arcaica —conec bé el desenvolupament de la historiografia—», dado que «altres, sobretot referint-se a les societats feudals, subratllen la primacia de les mentalitats o dels aspectes religiosos». Pero un estudio del desarrollo de las fuerzas productivas y de la economía feudal no «a partir d'una espècie de reflexió teòrica lliure de les contingències històriques o constituïda només per materials ja reunits pels historiadors», sino a partir «d'una investigació cada vegada més precisa de l'economia medieval, cada vegada més acurada»³⁰.

En definitiva, una investigación sobre el feudalismo y la transición que nos podrá descubrir diferencias notables entre unos siglos y otros, entre unas zonas de Europa y otras, entre un país y otro y entre diversas regiones de un mismo país. Ahora bien, una investigación que, desde Hilton —y Bloch, Bois, Labrousse o Lefebvre—, tiene un esbozo, un punto de partida, una *hipótesis* —a confirmar, matizar o rechazar en función de la investigación— más ajustada a la realidad que la *urbana* heredada de Marx. Hipótesis que nos habla de la posibilidad de que, bajo el sistema feudal, se produjera un crecimiento económico agrario y el desarrollo de una agricultura comercializada que generó diferencias de clases por enriquecimiento de un sector del campesinado (rico o *burguesía rural*) —es decir, si queremos decirlo en el viejo argot marxista, *desarrollo de las fuerzas productivas, pero en mundo rural*—, desarrollo que obviamente no encajaba en el viejo sistema de relaciones jurídico-político-sociales feudales —*contradicción con las relaciones sociales feudales, pero en el mundo rural*— y que provocó resistencias a pagar derechos feudales y diezmos —*lucha de clases, pero en el mundo rural*— y, finalmente, una revolución política liberal en Europa occidental, *pero con amplia participación del mundo rural*. Lo cual es lógico, porque, como señaló con lucidez Miguel Artola en 1978, todas las revoluciones liberales se hicieron *desde y para* la sociedad agraria:

192

La revolución liberal burguesa, tanto en Inglaterra como en el continente, precede cronológicamente a la revolución industrial y no puede, por consiguiente, admitirse ningún tipo de influencia de ésta en el desencadenamiento de aquélla. La revolución se produce, sin excepción conocida, en el seno de sociedades que mantienen una economía agraria tradicional y tiene como meta cambiar estas relaciones sociales, sin que quepa imaginar que lo que trataban de hacer era implantar un sistema económico [el capitalismo industrial] que por entonces ni siquiera apuntaba en el horizonte (...). La revolución liberal corresponde a una etapa agraria de la historia económica y que su pretensión de crear una sociedad más justa conoció indudables éxitos (...). El liberalismo concibe y trata de realizar una sociedad en que los propietarios que no puedan asumir eficazmente la explotación de sus bienes se verían despojados de ellos, bien fuese por el precepto de la ley —desamortización— bien por el juego de la economía de mercado, que, al liberar los bienes vinculados, conduciría, más tarde o más temprano, a la transformación de los propietarios en empresarios agrícolas o a su sustitución por labradores enriquecidos. De la exactitud del planteamiento da idea el hecho de que junto a la pervivencia de importantes patrimonios nobiliarios, siempre recordados, se pueda señalar la dispersión de otros, no menos grandes, de

³⁰ G. Bois, *La crisi del feudalisme a Europa*, citas de pp. 17-18.

*resultas del juego del mercado y de la herencia*³¹.

Persitencias de catecismos y continuidad de la renovación

Podría pensarse que desde el debate Dobb-Sweezy —o al menos desde su publicación— y sobre todo a partir de las investigaciones más acabadas de Hilton de los años 70 —en las que continuaba profundizando en su visión marxista renovadora del feudalismo y la transición³²—, el tema de la transición se habría ido clarificando en sentido renovador para todos. Sin embargo, algunos historiadores marxistas no especialistas en feudalismo —que en aquellos años eran considerados marxistas renovadores— siguieron empeñados en analizar la transición con orejas ortodoxas a partir de las reflexiones de Marx de mediados del XIX o de lo que habían dicho *teóricos del marxismo* en la primera mitad XX, despreciando las investigaciones empíricas hechas por historiadores marxistas del XX. Por ejemplo, en 1971 el historiador marxista británico Eric Hobsbawm defendía que la *conciencia de clase* sólo la desarrolló el proletariado industrial y no antes de que Marx —diríamos *en forma de paloma*— les iluminase, criticando sin nombrarlo lo que había señalado en 1963 el también historiador marxista británico Thompson sobre la conciencia de clase de los trabajadores ingleses *cartistas*³³, mientras que en relación a los *campesinos* —sin nombrar a Hilton— Hobsbawm negaba que se les pudiera definir como clase social y rechazaba por tanto que tuvieran conciencia de clase:

La clase y el problema de la conciencia de clase son inseparables. La clase en todo el sentido del término no nace hasta el momento histórico en que las clases empiezan a adquirir conciencia de sí mismas como tales (...). Por ejemplo, es importante señalar —como, dicho sea de paso, hicieron Lukács y Marx— que la conciencia de clase de los campesinos suele ser del todo ineficaz, excepto cuando los organizan y dirigen personas que no pertenecen al campesinado y cuyas ideas tampoco son campesinas (...). Aunque puede decirse que las clases, en el sentido objetivo del término, existen desde la ruptura de una sociedad basada esencialmente en el parentesco, la conciencia de clase es un fenómeno de la moderna era industrial»³⁴.

Otros se escandalizaron con la afirmación de Hilton de que lo que caracterizaba al feudalismo era la *coacción política extraeconómica* que permitía extraer excedentes a los campesinos, ya que, a su juicio, eso equivaldría a afirmar que en el capitalismo no había coacción política y que los contratos entre obrero y patrón eran contratos entre iguales, *cosa que no había dicho Marx*, ya que «lo que caracteriza el sistema feudal, para Marx, no es la existencia de coacción, inseparable de la existencia de explotación, sino

³¹ M. Artola, *Antiguo Régimen y revolución liberal*, Ariel, Barcelona, 1978, p. 158.

³² Ver entre otros R. Hilton, *Siervos liberados* (1973), citado antes; *Id.*, «Revueltas campesinas y desintegración del feudalismo», en H. A. Landsberger (ed.), *Rebelión campesina y cambio social*, Crítica, Barcelona, 1978 (1ª 1974), pp. 97-131; e *Id.*, *Conflicto de clases y crisis del feudalismo*, Crítica, Barcelona, 1988 (1ª 1985).

³³ E. P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Crítica, Barcelona, 1989 (1ª 1963), 2 vols., II, pp. 313-452, y también el «Post scriptum» de la edición de 1968 (pp. 453-480, en concreto pp. 479-480).

³⁴ E. J. Hobsbawm, «Notas sobre la conciencia de clase» (1971), en *Id.*, *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*, Crítica, Barcelona, 1987 (1ª 1984), pp. 29-50, citas de pp. 30-32.



la forma directa y clara en que aparece»³⁵. Obviamente, Hilton no pretendía decir que en el capitalismo no hubiera coacción política. Lo que Hilton pretendía decir era que no es mismo un *contrato* a jornal en el feudalismo o en el capitalismo que las *extracciones extraeconómicas* típicas del régimen feudal, es decir, las rentas señoriales y feudales que el señor exigía *por su condición de señor* o los diezmos que obtenía la Iglesia *porque Dios lo dijo*.

Con todo, lo más habitual fue que *teóricos del marxismo* siguieran analizando la transición a partir de las reflexiones de Marx, *ignorando* —sin criticarlas ni nombrarlas— las investigaciones empíricas hechas por historiadores marxistas del XX especialistas en el tema. Este es el caso del británico Perry Anderson —sociólogo marxista seguidor de Gramsci, luego de Althusser, más tarde trotskista, etc.³⁶—, que en 1974 escribió *Linajes del Estado absolutista* sin una sola cita de Hilton y con afirmaciones que demuestran su total ignorancia de aspectos fundamentales de la transición: después de señalar más o menos correctamente que la vinculación de las propiedades de los nobles ligaba estas propiedades al título nobiliario impidiendo su venta o embargo, aseguraba que «la transformación de una forma de propiedad privada —condicional— en otra forma de propiedad privada —absoluta— dentro de la nobleza terrateniente fue la preparación indispensable de la llegada del capitalismo y marcó el momento en que Europa dejó atrás a todos los demás sistemas agrarios»³⁷. Es decir, a su juicio, la desvinculación fue previa al sistema capitalista, cuando en realidad es consecuencia del triunfo de la revolución liberal y de la imposición del sistema liberal-capitalista en Francia, España, Portugal o Italia, y además justamente en Gran Bretaña las propiedades de los nobles no se desvincularon hasta comienzos del XX, lo que implicaría —de acuerdo con la afirmación de Anderson— que hasta entonces no había capitalismo en Gran Bretaña. En una línea parecida, en 1981 Hans Medick, historiador económico estudioso de la industrialización, publicó un artículo titulado «La transición del feudalismo al capitalismo: renovación del debate». Sin embargo, de renovación ninguna. Prescindiendo de las aportaciones de Hilton, se limitaba a *relatar* la confrontación entre Dobb —la versión tosca de Hilton— y Sweezy y a suponer que la *renovación* en el debate fueron el planteamiento ya visto de Brenner y los trabajos sobre el subdesarrollo del XX del sociólogo norteamericano Immanuel Wallerstein³⁸. Wallerstein, Brenner, Anderson, Weber, Chaiànov, entre otros *conocidos historiadores del feudalismo y la transición*, eran los autores analizados en el monográfico sobre *La transición del feudalismo al capitalismo* que, con motivo del bicentenario de la revolución francesa, publicó en 1989 la revista *Áreas*³⁹. En definitiva, *teóricos del*

194

³⁵ J. Fontana, *Historia*, p. 257 y nota.

³⁶ Ver J. Fontana, *La historia de los hombres: el siglo XX*, Crítica, Barcelona, 2002, pp. 83-84; y H. J. Kaye, *Los historiadores marxistas británicos*, pp. 54-55.

³⁷ Una relación bibliográfica insuficiente para analizar el absolutismo y el feudalismo de Europa y Japón —y encima poco citada en notas— y numerosas vaguedades de *catecismo* —«el modo de producción feudal fue, en Europa, el resultado de una fusión de elementos liberados por el choque y la disolución de dos modos antagónicos de producción anteriores a él: el modo de producción esclavista de la Antigüedad clásica y los modos de producción primitivo-comunales de las poblaciones tribales de su periferia»— y alguna vaguedad más renovadora, sin explicarla ni dar ningún dato: «la agricultura del feudalismo europeo experimentó también una evolución que no tuvo paralelo en ninguna otra parte»: P. Anderson, *El Estado absolutista* (título en castellano), Siglo XXI, Madrid, 1979 (1ª 1974), citas de pp. 428 y 435-437. Ver también *Id.*, *Transiciones de la Antigüedad al feudalismo*, Siglo XXI, Madrid, 1979 (1ª 1974), obra en la que citaba alguna vez a Bloch, Pirenne o Hilton, pero sobre todo a Braudel y Weber.

³⁸ H. Medick, «La transición del feudalismo al capitalismo: renovación del debate», en R. Samuel (ed.), *Historia popular y teoría marxista*, Crítica, Barcelona, 1984 (1ª 1981), pp. 177-190.

³⁹ *La transición del feudalismo al capitalismo en el II Centenario de la revolución Francesa*, *Áreas*, nº 11,

marxismo con ensaladas variadas que no tienen nada que ver con la investigación histórica del feudalismo y la transición.

Distinto y algo anterior es el caso de determinados historiadores económicos de la Europa del Este —especialmente polacos— que en los años 60 y 70 escribieron sobre el feudalismo y la transición. Y es distinto porque, a pesar de que algunos los consideraron marxistas renovadores críticos con el marxismo ortodoxo —el propio Bois—, en realidad no eran historiadores marxistas sino seguidores de una tradición positivista, aunque lanzaran de vez en cuando soflamas marxistas para garantizarse el sueldo de funcionario⁴⁰. Así, Witold Kula, en su *Teoría económica del sistema feudal* de 1962, era capaz de hacer una introducción alabando sin cesar a Marx y Engels y después analizar el feudalismo haciendo referencia a diferentes visiones —incluida la de Smith— sin reflejar la de Marx, titular un capítulo «Cálculo económico de la *empresa* feudal» y dedicar sólo veinte páginas al análisis de los aspectos sociales del feudalismo, centradas además en el tema de *cuánto ganaba un campesino*, para llegar a la conclusión tópica —eso sí, avalada con muchos cuadros y gráficos— de que ganaba lo «mínimo necesario para la subsistencia»⁴¹. Y Jerzy Topolski, en su *Metodología de la investigación historia* de 1973, nos daba una relación interminable de leyes y clasificaciones históricas en las que Marx quedaba diluido y señalaba —contradiendo a Marx, a los investigadores del feudalismo que hemos ido viendo y a cualquiera que haya leído un manual de bachiller— que «fue precisamente el aumento de la actividad económica de la *nobleza* (observada en Europa desde fines de la Edad Media) la que constituyó el impulso que dio inicio a los procesos de acumulación originaria y, en consecuencia, al nacimiento del capitalismo»⁴².

Pero, dejando a un lado *teóricos del marxismo* y sobrevalorados historiadores positivistas pseudo-marxistas, lo que han hecho la mayoría de los historiadores especialistas desde finales de los años 70 es, más que participar en el debate teórico sobre la transición, *investigar*⁴³. Investigar partiendo, conscientemente o no —como en el caso de España—, del esbozo-hipótesis de Hilton, ya que justamente analizan el desarrollo de una economía agraria comercializada bajo el feudalismo del XVIII, con exportaciones agrarias a algunas zonas de Europa y al mercado colonial —con tanto o más peso que las industriales (textiles, papel, hierro, etc.)— de vinos (fuertes y finos), aguardientes, harinas y lanas, entre otros productos⁴⁴. Y demuestran que esa economía



195

1989. Ni una cita de Hilton o Lefebvre. También predominaron las *reflexiones* en la mesa redonda sobre la transición dentro un congreso celebrado con motivo del centenario de la muerte de Marx, aunque con excepciones notables como la de P. Ruiz Torres, que hacía un análisis diferenciado (Inglaterra, Francia, el mediterráneo occidental o el centro-este de Europa) en relación a «La propiedad de la tierra en la transición»: R. Reyes (ed.), *Cien años después de Marx*, Akal, Madrid, 1986, debate pp. 403-442 e intervención de Ruiz Torres pp. 426-434.

⁴⁰ Recojo a grandes rasgos y comparto el análisis que hizo J. Fontana, *Historia*, pp. 225-226.

⁴¹ W. Kula, *Teoría económica del sistema feudal*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1976 (1ª 1962), análisis social pp. 70-89, citas de pp. 25 y 75. La cursiva es mía.

⁴² Cita e información en J. Fontana, *Historia*, p. 226. La cursiva es mía.

⁴³ Por ejemplo el monográfico sobre *La transició del feudalisme al capitalisme: Noves reflexions per a un debat necessari* de 1987 de *Manuscrits* (nº 4-5) es una recopilación de estudios empíricos sobre el XVIII español (y Cerdeña), algunos sin relación con el tema (fiscalidad de los Borbones, aspectos culturales de Barcelona) y otros sí, como el de P. Ruiz Torres sobre «La nobleza en el País Valenciano durante la transición del feudalismo al capitalismo» (pp. 91-109).

⁴⁴ Sin ser ni mucho menos exhaustivo, ver por ejemplo J. Torras, «Aguardiente y crisis rural»; A. Segarra, *Aiguarent i mercat*; J. Fontana, *La fi de l'antic règim i la industrialització, 1787-1868*, Edicions 62, Barcelona, 1988, especialmente pp. 82-91; y VV. AA., *El comercio libre entre España y América latina*,

agraria comercializada enriqueció a diferentes tipos de vasallos rurales de amplias zonas de España —grandes arrendatarios en lugares donde predominaba el señorío territorial (por ejemplo en Andalucía occidental o Castilla la Nueva) o propietarios (del *dominio útil*) y arrendatarios especialmente medianos y pequeños (entre otros sitios, en la zona costera mediterránea y en parte del Norte)—⁴⁵ y produjo diferentes modalidades de conflictos sociales —consecuencia de esa diversidad social dentro de los *campesinos*— y, además, luchas antiseñoriales resistiéndose al pago de derechos feudales y diezmos⁴⁶, luchas que se incrementaron a partir de 1808⁴⁷. Y el proceso culminó con una amplia participación del mundo rural en la revolución política, en el Trienio combatiendo heroicamente en Navarra los levantamientos contrarrevolucionarios con planteamientos de *terror jacobino*⁴⁸ o asesinando en Cataluña a más de 50 eclesiásticos contrarrevolucionarios —incluido el obispo de Vic, Strauch—⁴⁹, y en el verano de 1835 asaltando señoríos monacales y conventos⁵⁰. Y, por supuesto, una parte importante de ese mundo rural participó igualmente en los movimientos revolucionarios *urbanos*, no sólo por el hecho de que propietarios y arrendatarios agrarios grandes y medianos vivían generalmente en las capitales regionales, sino también porque en la primera mitad del XIX la mayoría de los personajes que pueden aparecer en la documentación como comerciantes, y que ejercen como tales, son a la vez miembros de familias de propietarios o arrendatarios rurales.

En definitiva, si en lugar de repetir como un *catecismo* las *reflexiones* que hicieron sobre la transición del feudalismo al capitalismo Smith —en la segunda mitad del XVIII— y Marx —a mediados del XIX— nos atenemos a las investigaciones que

1765-1824, Fundación Banco Exterior, Madrid, 1987.

⁴⁵ Ver obras y referencias de P. Ruiz Torres: *Señores y propietarios. Cambio social en el sur del País Valenciano, 1650-1850*, Institució «Alfons el Magnànim», Valencia, 1981; *Id.*, «Señorío, propiedad agraria y burguesía en la revolución liberal española», en M. Halpern Pereira, M^a de F. Sá e Melo Ferreira y J. B. Serra (coords.), *O Liberalismo na Península Ibérica na primeira metade do século XIX*, Sá da Costa Editora, Lisboa 1982, 2 vols, II, pp. 87-113; *Id.*, «Algunos aspectos de la revolución burguesa en España», en J. Fontana y otros, *El jacobinisme. Reacció i revolució a Catalunya i a Espanya, 1789-1837*, Departament d'Història Moderna i Contemporània (UAB), Barcelona, 1990, pp. 9-39; *Id.*, «Del Antiguo al Nuevo Régimen: carácter de la transformación», en A.M. Bernal y otros, *Antiguo Régimen y liberalismo. Homenaje a Miguel Artola. I. Visiones generales*, Alianza Editorial, Madrid, 1994, 159-192; e *Id.*, «Reforma agraria y revolución liberal en España», en A. García Sanz y J. Sanz Fernández (coords.), *Reformas y políticas agrarias en la historia de España*, Ministerio de Agricultura, Madrid, 1996, pp. 201-245.

⁴⁶ M. Ortega, *Conflicto y continuidad en la sociedad rural española del siglo XVIII*, Síntesis, Madrid, 1993.

⁴⁷ J. de la Torre, *Lucha antifeudal y conflictos de clases en Navarra, 1808-1820*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1992; R. Arnabat, *La revolució de 1820 i el Trienni Liberal a Catalunya*, Eumo, Barcelona, 2001, especialmente pp. 183-194; F. Hernández Montalbán, «Radicalismo social y resistencia antiseñorial en 1813-1814», *Hispania*, n^o 188, septiembre-diciembre 1994, pp. 955-992; e *Id.*, «Absolutismo y crisis del régimen señorial, 1814-1833», en E. Sarasa y E. Serrano (eds.), *Señorío y feudalismo en la Península Ibérica*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 1994, 4 vols., II, pp. 533-566. También hubo luchas antiseñoriales en la Confederación Germánica, pese a que la revolución fracasaría: A. Klíma, «La revolución burguesa de 1848-1849 en la Europa Central», en R. Porter y M. Teich (eds.), *La revolución en la historia*, Crítica, Barcelona, 1990 (1^a 1986), pp. 103-135; y C. Dipper, «La societät camperola alemanya davant la modernització (1770-1859)», en J. Fradera, J. Millán y R. Garrabou (eds.), *Carlisme i moviments absolutistes*, Eumo, Barcelona, 1990, pp. 91-113.

⁴⁸ R. del Río, «Revolucionarios y contrarrevolucionarios en la Navarra del Trienio liberal», *Trienio. Ilustración y liberalismo*, n^o 11, mayo 1988, pp. 151-205.

⁴⁹ Ver los datos de M. Revuelta, *Política religiosa de los liberales en el siglo XIX: Trienio Constitucional*, C.S.I.C., Madrid, 1973, pp. 364-367.

⁵⁰ Ver el análisis para Cataluña de M. Santirso, «De repente, el verano de 1835», *Historia Social*, n^o 34, 1999, pp. 3-26.

han hecho los historiadores a lo largo del siglo XX hasta hoy, la transición habría seguido una *vía básicamente rural*. Es decir, habría sido impulsada más por la erosión progresiva del régimen señorial-feudal debida al desarrollo económico agrario y al enriquecimiento de una parte de los vasallos, que por la expansión de los sectores económicos —ajenos al entramado señorial-feudal— del comercio y la industria.



